

ellos ni un bocado, ni contestarles el saludo, y si os viérais precisados á responderles, decidles con santa libertad que nadie puede tener á Dios por Padre, si no quiere reconocer á María por Madre. Ésta ha de ser vuestra respuesta, y ésta tambien la pauta de vuestras acciones. Pero yo espero que no entrarán en esta ciudad los predicantes de esa secta de perdicion, porque hay en ella una grandeza religiosa que pocas ciudades poseen de ese modo. Creemos todos que, como aparece por las Sagradas Letras, Dios ha destinado á cada reino, á cada provincia, y quizá á cada ciudad, un ángel que vele sobre ella y la guarde: pero vuestra caridad apénas la necesita, porque donde el Rey hace la guardia, no hay necesidad que la hagan sus ministros. Aquí teneis manifiesto y presente dia y noche á nuestro Rey, al Rey del cielo y la tierra, al Señor fuerte en las batallas: aquí está Jesucristo en esta santa iglesia catedral como en una fortaleza, desde cuyo torreón interior observa por dónde viene el enemigo, y lo rechaza ántes que se acerque.

Él es vuestro defensor, y guardando Él la ciudad, los enemigos no os asaltarán. Amadlo, pues, y observad sus mandamientos: amad á su Madre Santísima, y reconocamos en Ella á nuestra Madre, á quien amemos, veneremos é imitemos en la tierra, para que Ella nos lleve con la gracia de su Hijo y su proteccion al cielo. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

DE LA

ASUNCION DE MARÍA SANTÍSIMA NUESTRA SEÑORA.

Veni de Libano, coronaberis...

(CANT. CANTICOR.)

Cual ciego temerario que sin guía ni conductor quisiese divagar por precipicios y breñas, se ha estrellado la ignorancia humana siempre que ha pretendido bogar por sí sola en el insondable abismo de las maravillas del Omnipotente. Si queremos examinar la causa de tan lamentables derrotas en el espíritu humano, hallaremos que ingenios muy sublimes cayeron en los errores más groseros por haber querido analizar los misterios separadamente, como si fuesen una materia física; y siendo esto tan imposible al hombre como el poner á un mismo tiempo un pié sobre las colinas de los Andes y otro sobre los picos de los Alpes, necesariamente han descendido desde la culminosa elevacion de la ciencia hasta la horrenda sima del error, envolviéndose en ruinas irremediables. Si cuando se quiere examinar una sola estrella del firmamento, por finos que sean los instrumentos, no es posible ni aminorar ó apagar las continuas vibraciones con que deslumbra, ni aumentar su magnitud, que siendo incalculable no aparece á nuestra vista sino como un pequeño carbunco; es preciso que el más tenaz obser-

vador deje el instrumento que considere en general esa admirable bóveda celeste; y entónces, persuadido que el espacio inmenso del cielo no cabe en la corta esfera de los sentidos del hombre, se humilla bajo el gran peso de su ignorancia, se postra, y adora al Rey inmortal que habita en tan asombrosa morada.

Si esos espíritus investigadores se hubiesen trazado á sí mismos este camino, no habrían manchado tan á menudo con sus errores la historia del ingenio humano. Si con ojos puros y alma candorosa hubiesen fijado su vista en el admirable conjunto de los dogmas de la Religión, al paso que su infinita grandeza le hubiera hecho confesar su nada, habrían quedado enamorados de su hermosura, y postrados ante la incalculable majestad del Altísimo, hubieran exclamado con el humilde Pablo: «¡Oh elevacion de las riquezas de Dios! ¡Cuán incomprensibles son tus juicios! ¡Cuán inapeables tus caminos!» La Madre de Dios ha sido siempre un océano de maravillas, un cielo matizado de grandezas, en cuyo análisis, intentado por la débil razon humana, se han confundido los genios atrevidos, y en cuya consideracion han quedado extasiados los talentos verdaderamente grandes y sólidamente católicos. ¡María! ¡Ah! Es una mujer, es una criatura inferior por naturaleza á los ángeles; pero es tan sublime en gracias y virtudes, y se halla tan adornada de misterios desde el momento en que empieza á existir hasta el dia que es coronada, que los hombres más agigantados en sabiduría no han podido comprender en toda su extension la menor de sus prerogativas. Para hablar de este gran fenómeno de la gracia divina, es necesario anonadarse hasta el polvo, tener un corazon puro, atenerse á la Escritura, á la tradicion y á lo que han escrito sobre ella los Doctores de la Iglesia; es preciso no sujetar separadamente sus grandezas á un exámen minucioso, porque éstas forman una cadena más entretejida que ese

número infinito de astros que ruedan sobre nuestra cabeza; de lo contrario, la razon se estrella como un bajel llevado á alta mar por olas embravecidas, despues de haber perdido su brújula y su timon.

¡Ah! Si con actitud humilde y frente nada altiva hubiesen mirado á María los Helvidios, los Nestorios y Luteros; si la hubiesen considerado desde el momento de sus respuestas al ángel hasta aquel en que se encontró traspasada de dolor en el Calvario, como enseña la fé; si la hubiesen contemplado toda ocupada en cimentar la Iglesia de su Hijo desde que Éste subió á los cielos hasta que Ella espiró, como nos lo demuestra la tradicion; si la hubiesen seguido con su vista en el momento en que, resucitada por virtud de su Hijo, subió triunfante por esos cielos hasta llegar al trono de gloria que merecia, como nos lo atestiguan los Santos Padres; si hubiesen querido contemplarla en el momento en que las tres Personas divinas colocaron sobre su régia frente la triple corona debida á su humildad, virginidad y maternidad divina, como enseña la creencia universal, nunca hubieran profanado con sus blasfemias el cielo animado de Dios. Antes como creyentes humildes habrían adorado con sinceridad al Dios que se humanára en su sagrado vientre, y como niño inocente se habrían abrazado á las plantas de esta Madre tierna, pidiéndola socorro.

Esposas del Cordero, al dirigiros mi voz por primera vez, os he manifestado los escollos del error, sólo porque yeais el triunfo de la verdad; María es un océano de maravillas sólo con ser Madre de Dios; si en todos los pasos de su vida descuella por do quiera esta dignidad, aparece luminosa y radiante como el sol en el dia de su triunfo y coronacion; así es que voy á manifestaros esta coronacion como el complemento de sus grandezas. Nada oireis de mí que no sepais ya; pues vuestra fé pura, vuestras almas inocentes os dan gran acceso al conoci-

miento de las obras divinas; por tanto, implorad los auxilios del cielo en union del último de los siervos de María, saludándola con el ángel.

AVE MARÍA.

PUNTO ÚNICO.

No hay certeza mayor que la que da la fé al entendimiento humano. Toda ciencia natural, con sus adelantos, sus descubrimientos y sus sistemas, estriba en los sentidos y en la razon, los cuales están sujetos á tantas vicisitudes, que los ingenios más sublimes se encuentran á menudo enredados en inextricables laberintos y reducidos á tantas perplejidades, que se ven mil veces precisados á suspender sus tareas literarias ó á abandonar sus empresas. ¿Quién no advierte esta gran incertidumbre en los sistemas humanos? Cada hombre emite sus ideas, y apenas hay dos que sean del mismo parecer; cada filósofo piensa segun sus cálculos y su escuela, y cree que sus dogmas científicos son los más acertados; un siglo sigue una marcha, otro adopta la contraria; el nuestro cuenta por bárbaros á los que le han precedido, y otro vendrá que lo juzgue á él y lo denomine más bárbaro que los anteriores, por haberse lisonjeado de tener muchos conocimientos, y haber sido más incrédulo, más sanguinario y más ruinoso que los demás. Sí, los sistemas humanos están sujetos á dudas y perplejidades, á contradicciones é incertidumbres. No sucede así en los sistemas de la fé; el entendimiento que se halla revestido de este hábito sobrenatural, está más cierto de las verdades reveladas que de su existencia propia; el hombre creyente sabe que puede engañarse en cuanto ve y

palpa, pero está infaliblemente cierto de que no puede ser falso nada de cuanto le es revelado por Dios. Seis mil años son testigos de la debilidad de nuestra razon; sesenta siglos nos demuestran tambien la infalibilidad de la ciencia de la fé. Las mismas creencias tiene Adan, que Henoch y Noé; Abraham profesa los mismos dogmas que Moisés, que Samuel, que David, que Isaías y los otros profetas, y en nada discrepan de lo que enseña Pedro y sus condiscípulos, y cree el último de los fieles. Recorred la tierra, y vereis que el católico del Oriente tiene las mismas creencias que el del Occidente; ninguna division hallareis entre el que vive bajo los hielos del polo y el que habita bajo los fuegos del ecuador; la causa de esta unanimidad en los creyentes no la hallareis sino en la infalibilidad de Dios y de la Iglesia. De aquí es fácil deducir que no tiene verdadera vitalidad el entendimiento que no asiente á las verdades reveladas; que quien rechaza los dogmas divinos, tiene que sumergirse en el abismo del error, y que el hombre no existe sino para creer. Si no cree en la verdad, ha de creer en la mentira; si no cree en los dogmas revelados, ha de creer en las invenciones de los poetas, en fábulas, en cuentos y hasta en sueños. El paganismo en los tiempos antiguos, el protestantismo en los siglos pasados y la filosofía incrédula de nuestra edad, son testigos irrefragables de mi última asercion.

Esto supuesto, ¿qué enseña la fé sobre la existencia humana? Enseña que el hombre no existe sino para pasar más tarde á un mundo invisible, en el cual reciba una corona eterna, fruto de los méritos de Dios y de los suyos propios; enseña que es tanta la dignidad del hombre, que miéntras el ángel es un ministro de Dios, Él es un Hijo adoptivo; le enseña que no ha sido elevado á tan culminosa excelencia sino por la mediacion del Hijo natural de Dios, quien, esencialmente igual á su Padre por

tener la misma naturaleza en cuanto Dios, tomara la naturaleza humana, y, unido á ella, comunicó á ésta de un modo admirable las propiedades esenciales de su persona, y se apropió asimismo las propiedades de la naturaleza humana; le enseña que, así como este Dios se hizo nuestro modelo en la vida y en la muerte, así también era nuestro tipo en la resurrección; que no salió Éste triunfante del sepulcro sino para certificarnos que otro tanto nos acaecería á nosotros algún día, con sólo la diferencia de haber resucitado Él por su propia virtud y deber nosotros resucitar con la virtud de Dios; le enseña, por fin, que la predestinación á la gloria, inherente á la perseverancia final, es el complemento de la predestinación á la gracia, mediante la cual llega el hombre al paraíso, donde Dios lo ha de premiar conforme á los esfuerzos que haya hecho, prevenido por la gracia, para corresponder á sus altos destinos. Y estas grandezas le han sido prometidas al hombre de tal modo, dice San Pablo, que Dios las confirmó con juramento, para que tuviésemos esta firme esperanza, que fuese el áncora firme y segura de nuestra alma, con la cual penetrásemos hasta lo más interior de los cielos, á donde primero penetrara nuestro precursor Jesús.

Necesario era desarrollar este bellissimo ideal de la existencia y fin del hombre para verlo ejecutado en la criatura más noble que saliera de las manos de Dios. Sí, la coronación de María en el día de su Asunción es la prueba irrefragable de que Dios consuma las obras de la gracia, poniendo en la frente del justo el lauro de la gloria; ella nos demuestra la verdad de la promesa de la Escritura, que nos dice que el que se humille será ensalzado. ¿Quién podrá contemplarla con los ojos de la fé sin comprender que María es Madre de Dios? ¿Quién puede escuchar los acentos de admiración en los ángeles, los himnos de melodía en los justos al subir María á su tro-

no, sin advertir que esta criatura es más que todos los hombres y superior á los serafines? ¿Quién verá que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo adornan sus sagradas sienes, sin considerar que es coronada una humildad semejante á la de Dios y que en nada se parece á la de los otros justos, que es coronada una pureza divina, que es premiada una dignidad inconcebible? Sí, ciertamente; la humildad con que mereció María en cierto modo ser Madre de Dios, la eleva á un trono de gloria que sólo es inferior al de Dios; vedla coronada como hija por el Padre: la resignación con que asintió á dar su sangre al Verbo eterno, á tenerlo nueve meses en su vientre, á alimentarlo treinta y tres años, y á partir con él los dolores, las afrentas, los tormentos y la muerte, es premiada dándole un poder absoluto sobre todas las criaturas, sentándose en el cielo junto al Verbo increado; vedla coronada como Madre por el Hijo: aquella pureza que María prefirió á la mayor excelencia y dignidad que pudieran imaginar los hombres, á ser Madre de Dios, es laureada por el Espíritu Santo, haciéndola Reina de toda la naturaleza angélica; vedla coronada como Esposa.

En efecto, amados míos; al ver lo que dice y hace María en su vida mortal, ¿podía creer alguno que encerrase bajo unas apariencias tan humildes una dignidad tan culminosa? En la misma embajada celestial que tuviera lugar en el retiro de su aposento, María no contesta á las palabras del ángel sino en medio de la turbación que causan á su espíritu las razones eminentes que el serafín la dirigiera de orden de Dios; para ser Madre del Verbo eterno no pronuncia más que palabras de humildad y abyección; la Reina de los ángeles, la Madre del Altísimo, no se da otro título que el de esclava; al poco sale este personaje divino al público, y como si fuese una sirviente de orden inferior, pasa tres meses en obsequiar con sus cuidados á su prima Isabel. Seguid sus

pasos, y la vereis en Belen más despreciada que la zagala misérrima, á quien no falta una choza entre los enebros del desierto para abrigarse de los rigores de los elementos; en el templo, nivelada con las otras mujeres obligadas á presentarse al santuario para purificarse de su pecado. ¡Ah! Entre tantos dias de aplausos como hubo para su Hijo, no la vereis ni cuando miles de almas lo seguian y querian proclamarlo Rey, ni cuando entre aclamaciones y voces de júbilo entró en Jerusalem despues de haber resucitado á Lázaro; más está junto á Jesus cuando Éste es condenado y proscrito, cuando puede decir con el Profeta que los oprobios que vomitan contra Dios sus enemigos recaen sobre su corazon. En vano hubieran preguntado á esta admirable criatura si era madre de Dios; que la que prefirió sufrir mil amarguras en su alma ántes que manifestar su sagrada gravidez á su esposo en los dias de la ignorancia de éste, hubiera también preferido sumirse en la nada ántes que publicar en pró de sí misma la elevacion en que se hallaba. Pero en el dia de su coronacion, Dios publica por sus propios labios las grandezas que María ha ocultado en el seno de su corazon; Dios manda que la naturaleza insensible y la racional la tributen los honores que merece, haciendo que todo se ponga en movimiento desde que María sale del sepulcro hasta que llega á su trono.

La veo salir del frio mármol, y al mismo tiempo en las vértices del Líbano ostentan su tierno verdor los gigantes cedros; en los caminos de Sion, olvidándose de su tristeza, elevan hasta las nubes sus crestas los cipreses; en Cades, la palma ántes agobiada por el peso de las nieves, se eleva hácia la esfera, gloriándose con sus dorados frutos; frondosa enseña la rosa de Jericó los primores que ocultaba en su rubicundo seno, y los árboles todos de las selvas derraman por todas partes el cinamomo, el bálsamo y la mirra. Sube por los aires reclinada en su

Hijo amado, y las lluvias, los vientos, el granizo y los rayos se le postran; penetra en la region del fuego, y las llamas, perdiendo su voracidad, lamen sus sagradas plantas como si estuviesen empapadas del rocío de la aurora; va hendiendo los espacios, y el sol y la luna la adornan; las estrellas de primer orden la coronan, matizando las otras su azulado manto; llega á las puertas del cielo, y se corren sus cerrojos de oro, entrando en su recinto entre miles de sinfonías angélicas, entre miles de aclamaciones y de aplausos. ¡Ah! ¿Quién podrá pensar cómo la humilde María penetra hoy en los cielos? Oid á los ángeles, quienes al ver las delicias, los éxtasis y dulzuras de su Reina, no supieron qué pensar ni qué decir, y sólo se expresaron entre admiraciones, repitiendo: «¿Quién es Ésta? ¿Quién es Ésta?» ¿Por qué os admirais, oh espíritus soberanos? Esa que ha subido desde el sepulcro hasta el Trono de gloria de la Divinidad, es la humilde Madre de Dios. ¿No oís las dulces voces del Padre, quien la dice que Él eleva á los humildes para que se sienten con los príncipes y posean el trono de gloria? ¿No oís que la dice: «Ven, Esposa del Líbano, y serás coronada?» Sabed, pues, que toda esa gloria con que deja el mundo, todo ese triunfo con que sube al cielo y ese trono que ocupa, es la corona de su humildad. Se humilló más que todos, diré con San Bernardo, y cuanto era mayor en dignidad y virtud, se creyó tanto más indigna; y justamente fué enaltecida á un asiento divino la que se creyó la última de los hombres. Coronada está la humildad de María por el Padre. Ved coronada su maternidad por el Hijo.

Antes de hablar de la gloria á que fué elevada María por su Hijo Dios en premio de su maternidad divina, me es preciso repetir las admirables palabras que pronunciára San Bernardo en una solemnidad semejante á la que celebramos hoy. «Si es un placer para mi corazon,

dice este Doctor, hablar de las glorias de María, es al mismo tiempo un objeto de terror. Porque si pretendo elogiar su virginidad, se me presentan otras muchas vírgenes que la han imitado. Si ensalzo su humildad, veo á otros muchos que, á ejemplo de su Hijo, son mansos y humildes de corazón. Si encomio su caridad, son infinitos los varones y mujeres misericordiosos. Pero entre tantas excelencias que son comunes á todos los justos, hallo una en la cual no tuvo María semejante ántes de Ella, ni puede tenerla despues, y esta es que tuvo la alegría de ser Madre y la gloria de ser al propio tiempo Vírgen.» Pero ¿qué Madre? ¿qué Vírgen? Vírgen tan pura, que no es posible parangonarla con la pureza de todos los ángeles; Madre tan privilegiada, que, con sólo serlo, es superior á cuantos serafines hay en el cielo, y sólo inferior á Dios, por ser criatura; Madre tan admirable, que es un compendio de la omnipotencia divina, pues, no obstante ser Dios omnipotente, no puede renovar este prodigio; puede criar millones de mundos más hermosos que el actual; puede sacar de la nada miles de jerarquías angélicas aún más asombrosas que las que existen: pero, para secundar el prodigio de ser Hijo de María, tiene su omnipotencia una valla omnipotente que se lo impide; el Verbo, que con un acto purísimo, eterno é indivisible, es engendrado por el Padre, una sola vez ha podido ser engendrado por María; y no pudiera ser reiterado este asombroso acto de la Omnipotencia de Dios, sin destruir la mitad de su esencia. ¿Concebís, pues, que la corona que su Hijo Dios la da, se parezca á la de los otros Santos? La que no es tanto como Dios, por ser criatura; la que nada tiene de común con los ángeles, porque ninguno de ellos puede ser lo que Ella es, ¿podía tener una recompensa semejante á la de los ángeles y justos? ¡Ah! No; la corona que Dios coloca en la frente de los Santos es corona que se da á vasallos; la que da á su Madre, es corona dada á

Reina y Señora. Todos los demás son súbditos de este divino Salomon; pero sólo esta celestial Betsabé tiene el privilegio de sentarse en el mismo trono de su Hijo y compartir su autoridad; lo diré en una palabra: el Verbo eterno corona la maternidad divina de María, dándole un poder absoluto en los cielos y en la tierra sobre los ángeles, los hombres y los demonios.

Si queremos rastrear algo de este poder, nos hemos de servir á la vez de las luces de la razon y de la fé; nos asombramos cuando sabemos por la ciencia astronómica que la menor de las estrellas, que se nos muestra como una chispa de diamante electrizado, es un globo de una magnitud incalculable; nos admiramos más aún cuando sabemos que el inmenso espacio que ocupa cualquiera de esas estrellas en los espacios flúidos, es un punto imperceptible comparado con la latitud de los cielos; así habla la razon, y lo demuestra infaliblemente. Pues bien; la fé nos dice que los cielos y la tierra, comparados con la inmensidad divina, son ménos que un grano de arena puesto en balanza con toda la máquina del mundo. Sí, la filosofía enseña ciertamente, y el hombre lo concibe, que pueden amontonarse tantos granos de arena, que ocupen todas las distancias que hay entre la tierra, los cielos y los astros; pero por muchos que sean los mundos que amontemos unos sobre otros, nunca ocuparán la inmensidad de Dios, porque un círculo limitable nunca puede abarcar á otro sin límites. Raciocinad, pues, amados míos, del mismo modo sobre el poder de los Santos puesto al lado del de Dios; es cierto que cualquiera de éstos tiene un poder grande, por «haber entrado, como dice San Bernardo, en las potencias del Señor.» Todos los poderes de la tierra son nada si los comparamos con el poder de uno solo de los escogidos. ¿Cuál será, pues, el poder de tantos miles de Santos reunidos? ¿Cuál su imperio? ¿Cuál su dominacion? Sin embargo, nada es al quererlo nivelar